

# La Oración De Los Cristianos En El Nombre De Jesús

Martín Lutero

Sermón para el Domingo de Rogate.

Fecha: 14 de mayo de 1531.

Texto: Juan 16:23-30: *De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo dará. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido. Estas cosas os he hablado en alegorías; la hora viene cuando ya no os hablaré por alegorías, sino que claramente os anunciaré acerca del Padre. En aquel día pediréis en mi nombre; y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, pues el Padre mismo os ama, porque vosotros me habéis amado, y habéis creído que yo salí de Dios. Salí del Padre, y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre. Le dijeron sus discípulos: He aquí ahora hablas claramente, y ninguna alegoría dices. Ahora entendemos que sabes todas las cosas, y no necesitas que nadie te pregunte; por esto creemos que has salido de Dios.*

Introducción: Orar es la obra más difícil de un cristiano.

Este Evangelio consta de dos partes. La principal es aquella en que el Señor habla acerca de la oración. Le sigue en importancia la otra parte en que los discípulos dicen: "He aquí ahora hablas claramente, y ninguna alegoría dices" (Juan 16:29). Por cierto, una observación bastante tonta: ¡como si los discípulos ya hubiesen captado el sentido de lo que el Señor quería decirles! Esta segunda parte está relacionada con todo el contexto precedente, donde Jesús describe a sus discípulos las persecuciones y los muchos otros padecimientos que tendrían que sufrir, y les anuncia además que el Padre les daría otro Consolador, el Espíritu Santo, etcétera. Allí no se habla, pues, de la oración. Pero es precisamente a ella a la que queremos dirigir ahora nuestra atención.

Oís hablar a menudo de lo necesario que es que oremos, y de cómo debemos orar, puesto que, en última instancia, la única obra de los cristianos es la de que oren con toda diligencia. Y bien: a pesar de que ya lo habéis oído muchas veces, es preciso que os lo inculque siempre de nuevo y os amoneste; porque entre las obras de los cristianos, la más difícil —en comparación con la fe— es el orar. Ya se os dijo con suficiente frecuencia cómo se ha de creer, y son muchos los que saben hablar muy elocuentemente de su fe. Pero si uno posee la misma capacidad para creer de corazón como la que posee para hablar con la boca — esto sólo se verá en su momento. De la misma manera, no lleva mucho tiempo oír cómo se debe orar, y cuesta poco entenderlo; pero pasar a los hechos y comenzar a orar, esto no es nada fácil. Entre los rezadores asiduos hubo quienes afirmaron que en cuanto a trabajoso, no hay nada que se pueda comparar con ese trabajo

llamado "orar". Puede ser que con ello se hayan referido a la práctica exterior de la oración, que no sólo es cansadora sino además equivocada. Sea como fuere: poner todo su corazón en la oración es, en verdad, lo más difícil que hay.

I. La oración debe basarse en el mandamiento y la promesa de Dios. Es la palabra de Dios la que nos da el derecho de orar, y no nuestra dignidad propia,

En el extenso pasaje del Evangelio que acabo de leerles, Cristo nos da una brevísima instrucción acerca de cómo se debe orar, y cuál ha de ser nuestra actitud al respecto: "De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo dará." "Pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido". Acto seguido agrega unos detalles más diciendo: "El Padre mismo os ama; por eso no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros". Ahí tenemos los puntos esenciales referentes a la oración. Antes que nada debe existir una promesa de parte de Dios. Nadie, por lo tanto, debe atreverse a encarar a Dios con su propia devoción y dignidad, como lo hacían los monjes, y nosotros con ellos. Esto nos parecía una oración de buena ley, y la llamábamos una "ascensión de la mente a Dios". Mala definición es ésta para la oración; y quienes así decían, poco oraban. Antes bien, lo primordial es que al orar tengamos por fundamento la promesa de Dios, y su mandamiento de que oremos en la forma como está escrito aquí: "Pedid, y recibiréis". La promesa dice: lo que pedimos, se hará; el mandamiento dice: ¡hacedlo, pedid! Es muy importante que sepamos esto, a fin de que podamos discernir entre las oraciones auténticas y las que no lo son, y evitar estas últimas. Y además no te apartes de esta norma: si oras, olvídate de ti mismo, y da tu pleno asentimiento a lo que Dios disponga. Esto te servirá también como remedio contra una práctica viciosa que con frecuencia se halla en nosotros: mi oración parece que no hace progresos porque tengo ese afán de querer experimentar que Dios me escucha a causa de mi propia dignidad. Te costará no poco trabajo vencer esta inclinación de fijarte en tu propia dignidad y devoción, expresada supuestamente en lo interminables que son tus ruegos, y pensar: "Si oro, quiero hacerlo sólo con la fe puesta en la promesa, y en cambio quiero desistir de confiar en mi perfecta confesión de pecados, en mi arrepentimiento, etcétera." Las oraciones que el hombre hace no deben basarse, pues, en su propia piedad, devoción y fervor. Sin embargo, esta mancha e inmundicia aflora siempre de nuevo, y siempre resulta pernicioso para la oración. ¿Cómo puede orar uno que se halla en un apremio repentino, si es de la opinión de que previamente tiene que ser inmaculado y santo? Este pensamiento será para él un permanente estorbo. Lo que tiene que aprender es orar aun rodeado de sus pecados, saltar el cerco con que éstos le tienen acorralado, y decir a Dios: "No es mi devoción y mi santidad lo que me da el valor para orar; pido porque de la boca de tu Hijo me vino la promesa: 'El que pide, recibe'. Aunque en mi corazón no se encuentren el fervor y la devoción suficientes, me aferré a tu palabra." Esto es, pues, lo primero y lo más difícil: que el hombre se atenga a lo que Dios nos mandó, que dé a la promesa una importancia tan grande que ya no se deja detener por ningún impedimento, por más pecador que sea. A esto no puede llevarnos nuestra propia naturaleza, sino solamente la fe, el segundo punto, del que hablaremos luego.

El que espera el momento en que se sienta en buenas condiciones para orar, jamás orará.

La naturaleza humana ni quiere ni puede basarse en la promesa divina. Si la fe siente deseos de orar, la naturaleza le dice: "¿Por qué quieres orar precisamente ahora? Eres un pecador, eres indigno. En estos momentos tienes otras cosas que hacer; careces de la disposición necesaria." Así sucede que espero una hora, y después otra media hora más, y al fin y al cabo, sigo tan poco dispuesto como antes. Después de dos horas me veo ante otras dos tareas; y ¿dónde queda mi oración? Esto es obra de Adán, el malévolo oculto dentro de mí, que me desvía de la promesa. Pero no hay que hacerle caso, sino que hay que decir: "Si no me hallo en la disposición adecuada— bien, no lo puedo remediar; pero de todos modos oraré". Examínate si quieres; estoy seguro de que jamás te hallarás bien dispuesto. Mas los que se creen bien dispuestos, son los que más cerca de sí tienen al diablo, el cual hace que algunos hasta lloren de gozosa emoción y estén completamente sumergidos en sus sentimientos devotos; y a quienes no los transporta a ese estado, los insensibiliza del todo. Por consiguiente: si crees no estar bien dispuesto, ello no es motivo suficiente para que desistas de orar. Y si esperas hasta sentirte en una condición apropiada, haces que el daño sea el doble más grande; porque el que procede de esta manera, da a entender que no confía en la promesa, y que no necesita la ayuda del Señor, como aquel fariseo del que nos habla el Evangelio<sup>6</sup>. Por ende, el primer punto es éste: Si quieres orar, di: "Padre mío, vengo a ti a raíz de tu palabra y de tu promesa de que quieres escucharnos. Me aferré a la palabra que salió de la boca de tu amado Hijo: "De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo dará". Abro mi boca ante ti y elevo a ti mis ruegos en virtud y por la dignidad de estas palabras, no en virtud o por la dignidad de mi propia devoción". Si pides así, la devoción ya vendrá por sí sola, y en medida suficiente; porque la palabra de Dios tiene precisamente esta virtud de hacer de tu corazón un corazón devoto y bien dispuesto. De otra manera, donde está ausente la palabra, se presentan distracciones que desvían nuestros pensamientos. Mas si te atienes a la palabra, y cruza por tu mente uno de esos pensamientos fugaces, la palabra te servirá como guía para reordenar tu oración.

II. Debemos pedir en el nombre de Cristo.

Pero el orar "en su nombre" es más que una mera fórmula.

Pero esta promesa, dice el Señor, sólo tendrá validez como tal cuando "pidieréis al Padre en mi nombre". Además, es preciso reconocer que la condición bajo la cual el Padre me manda orar y me promete escucharme, es que yo haga mi oración en el nombre de Cristo. No digas: "El Espíritu Santo me puso las palabras en la boca, por esto el Padre me prometió escucharme". Así lo hace también el turco; también él sabe formular oraciones. Pero aquí está escrito: "en mi nombre". Esta palabra nos ayuda a distinguir entre oración auténtica y oración mala. Se hizo costumbre en la iglesia, concluir todas las oraciones, con un "por medio de Cristo nuestro Señor". Y los que introdujeron esta práctica, hicieron bien. Pero más tarde ya nadie ponía atención en lo que estas palabras significan. No obstante, llegaron al extremo de vender sus oraciones, sus salmodias y productos similares, adornados, para colmo, con las hermosas palabras: "por Cristo, nuestro Señor". Lo único que subsiste es el sonido de las palabras; el sentido y la comprensión han desaparecido; más aún: se comete con estas palabras un grave abuso. ¡Y este abuso, según su afirmación, los habrá de salvar a ellos mismos y a otros! Maldita es la oración que no sabe de lo que es la fe, y no obstante usa esas palabras "en nombre deferiste".

Sin Cristo no hay oración que sea escuchada.

¡Oye lo que Cristo nos dice aquí! Tú no eres quién para poder confiar en tus propias virtudes al orar; no eres tú el que debas venir en tu propio nombre y decir: "Señor, tú me has prometido escuchar mis oraciones". Antes bien, esta promesa la hizo Dios a uno solo, a Cristo; este solo es el que ha de orar a Dios con la promesa de ser escuchado. Y él me ordena: "En mi nombre debéis pedir al Padre". Las peticiones hechas en el nombre de Cristo son las que valen, otras no. Por consiguiente, todas las oraciones, para ser válidas, están ligadas indisolublemente a Cristo. Ni en el nombre de María ni en el de Pedro ni en el de los monjes ni en el de los ángeles se debe orar, sino en el nombre de Cristo como único nombre. La oración del mundo entero debe hacerse en este nombre, y en ningún otro, como si Cristo fuera el que hace todas las oraciones. Si tú no oras en y por Cristo, y si él mismo no ora en ti, tu orar es en vano. El solo ha de ser el piadoso, el que paga el rescate por el pecado, el que ora etc., él y nadie más. ¡Él solo ha de ser el sacerdote que intercede y ruega por nosotros. No creas por lo tanto que eres tú la persona que ora, como lo hicimos en nuestra época de monjes cuando orábamos por nosotros y por el mundo entero. Dios te garantiza que recibirás con toda certeza lo que le pides — con tal que lo pidas en el nombre de Cristo, o sea, en la fe en él; a él debes tomarle por mediador tuyo y presentar tu oración a través de él, diciendo: "Padre celestial, tú has prometido escucharme si dirijo a ti mis ruegos, siempre que lo haga en el nombre de tu Hijo. Acepta pues la oración en el nombre de él, pon tus ojos en la persona de él, no en la mía. Yo no soy digno de abrir mi boca, pero confío en que él es mi obispo y mi sacerdote, y sé que él es escuchado. Él me representa ante ti, por esto espero que por intermedio de él, yo sea oído". Así, pues, todo lo que yo pido, lo pido de tal manera como si fuese Cristo el que lo pide y recibe.

No hay acceso al Padre sino por Cristo.

Son, por lo tanto, predicadores muy peligrosos aquellos hombres que escribieron ese sinnúmero de libros acerca de la vida contemplativa, libros en cuyo estudio me enfraqué casi hasta el agotamiento total. En ellos se explayaban sobre cómo el alma debe buscar la unión con Dios, y sobre la majestad divina, y afirmaban que no hay nadie que esté puesto como mediador entre Dios y los hombres. De ahí vienen los tropezones y las caídas que pueden resultar mortales. Satanás no puede emplear un modo más eficaz para atraparte que haciéndote creer que tu persona es del agrado de Dios, y que no hay en ti más que puro espíritu. Y entre tanto ya no piensas en Cristo, el Mediador. Es verdad, hay diversos pasajes en las Escrituras en que se nos exhorta a hablar con nuestro Dios y Señor; pero todo está relacionado con el Mediador. Hay en las Escrituras también una gran cantidad de pasajes que hablan de las obras, pero todo está relacionado con la fe. Hebreos 11 (v. 1). Adán nunca oró sin incluir en su oración a la Simiente. De la misma manera, también Abraham habrá hecho constantemente mención de Cristo. Tú en cambio querrás señalarme unos cuantos pasajes donde se nos dice que debemos hablar con Dios mismo; pero ¿por qué no prestas atención al Espíritu Santo? Él te dice que todo está comprendido en Cristo. Mas si prefieres hacer obras dejando a un lado la fe, y orar dejando a un lado a Cristo, no necesitas al Espíritu Santo que te enseñe: tú mismo eres tu propio maestro. Por lo tanto, aprended muy bien esto: que a la oración auténtica pertenece, además de la promesa, también el aceptar la promesa como si te hubiera sido dada por medio de Cristo y en él. "Si quieres orar de tal modo que yo te escuche", te dice el Padre, "atérate a Cristo, para que él sea tu Mediador; de lo contrario, sin él, no lograrás nada." Por consiguiente: no os acerquéis a Dios a título personal,

sino decide: "Vengo a ti con mi petición no porque me hayas prometido algo a mi persona, sino porque creo en tu amado Hijo y me atengo a él, y sé que a causa de él me aceptarás"; porque Cristo debe ser el Mediador entre Dios y nosotros, y nadie vendrá al Padre sino por este Mediador. Si no se hacen de esta manera, aun las oraciones devotas son oraciones que sólo aumentan los pecados, no son más que pura equivocación; y a causa de tales oraciones equivocadas, los corazones de los hombres se endurecen aún más, como vemos en los sofistas y papistas. "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí", dice Cristo (Juan 14:6). Así que si buscas otro camino para venir a Dios, hallarás la puerta al cielo cerrada.

Éstos son, pues, dos puntos fundamentales que tenéis que observar al hacer vuestras oraciones: en primer lugar debéis pensar en lo que dice la palabra de Dios y en lo que nos promete, y luego, en segundo lugar, debéis acercaros a Dios por medio de Cristo, nuestro Mediador. "En mi propio nombre no debo decir una palabra" — he aquí una excelente instrucción acerca de cómo hemos de orar. Si siempre tienes en mente estos dos puntos, no te hace falta inquietarte por el modo como puedas crear en ti el debido estado de devoción. Si tienes la promesa, y además, el nombre de Cristo, estos dos ya te darán la suficiente elocuencia. Lo que a ti te falta, las palabras de la promesa y el nombre de Cristo lo suplirán abundantemente. Pero nadie se imagina con cuánta astucia Satanás nos quita estas dos cosas. Siempre hace que nuestra naturaleza humana piense: "No estás preparado".

### III. La oración debe tener un objetivo real.

El que ora, debe presentar a Dios un deseo concreto.

Ahora vamos a la tercera parte, la oración misma, lo que se ha de pedir, es decir, que uno desearía algo de todo corazón: pan, casa, campo, mujer, hijos, etc. Y cuanto más intenso y profundo el deseo, tanto más vigorosa la oración. Si quieres orar en este sentido, no podrás limitarte a recitar mecánicamente las palabras "Padre nuestro que estás en los cielos, etc."; sino que ahí tiene que haber un deseo, un anhelo. El corazón debe sentir que deseas algo de Dios, debes experimentar una necesidad real, como es el caso en los días presentes en que la apremiante carestía de los cereales despierta en nosotros el deseo de que los sembrados se desarrollen en forma favorable y Dios nos conceda un año próspero. Aquí hay un deseo y un anhelo concreto de que tal cosa suceda. De modo que en su esencia, la oración verdadera es un suspirar desde lo profundo del corazón y un vivo deseo de pedir algo de Dios. Una oración tal no necesita de muchas palabras. Tampoco se la dice sólo en el templo, sino también en el campo, en el taller, en la cocina, en el dormitorio. Repito: no se necesitan muchas palabras para la oración, pero esto sí: debe hacerse a menudo. En cualquier momento en que estés ocupado en alguna tarea, puedes orar más o menos en estos términos: "Oh amado Señor, concede y escucha a causa de Cristo la petición de que retrocedan los ejércitos de los turcos, que cese el hambre, que caiga el papado". Es muy importante que se tome bien en cuenta eso de la frecuencia de la oración, porque Satanás es un enemigo furiosísimo de esta obra.

El que ora, debe dejar en manos de Dios la forma de dar cumplimiento a la petición.

Existe, además, un grave abuso de la oración, que consiste en que uno se canse cuando una vez no consiguió de Dios lo que le había pedido. No nos incumbe a nosotros indicarle a Dios el tiempo, la fecha límite y el modo oportuno para su socorro, y la persona por quien debe hacernos llegar su ayuda; porque él es demasiado grande, y nuestra razón es demasiado débil, como para que yo pueda prescribirle cómo debe proceder. Pues como dice Pablo: "Dios es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos" (Efesios 3:20). Si le pido un pedazo de pan, me da un don mucho mayor: todo un montón de trigo. Por esto no debemos fijarle una meta o una fecha; sino pedir confiando en su promesa, y en el nombre de Cristo, y decirle: "Dame, oh Señor, lo que te pido, cuándo, dónde, y por medio de quien quieras; el cómo lo dejo enteramente en tus manos." Como vemos, también en este sentido se pueden cometer peligrosos abusos.

Esto nos lleva a considerar un tercer aspecto: cuando oramos, debe haber de por medio un deseo real, al que podamos dar expresión a menudo y en muy breves palabras, de modo que incluso se pueda convertir en un saludable hábito. Así, p.ej., podríamos orar a diario: "Oh Señor, santificado sea tu nombre, venga tu reino etc.", en lo íntimo de nuestro corazón, aun sin que físicamente nos demos cuenta de ello. Esto es lo que quería indicar también Cristo al hablar de la "necesidad de orar siempre" (Lucas 18:1). Y en efecto, así lo hacen las almas piadosas, sin descuidar, en su oportunidad, la oración de la boca.

IV. La oración debe surgir del reconocimiento de nuestro estado angustioso.  
La angustia nos impele a orar: de lo contrario, nos olvidaríamos de hacerlo.

En cuarto lugar notamos que fue la angustia, la necesidad de los hombres, lo que indujo al Señor a darnos esta enseñanza acerca de la oración. A nuestro Evangelio de hoy le preceden las palabras: "Vosotros lloraréis y lamentaréis, y el mundo se alegrará"; "la mujer cuando da a luz, tiene dolor": "también vosotros ahora tenéis tristeza" (Juan 16:20-22). Y luego, Cristo añade: "En el mundo tendréis aflicción" y "en mí tenéis paz" (Juan 16:33). Resumiendo: lo que Cristo dice es: "En el mundo no habrá para vosotros nada de bueno; os pondré como a ovejas en medio de lobos. ¿En qué hallaréis consuelo? ¿De dónde sacaréis fuerzas para afrontar la situación? .Yo no os doy otro consuelo, no os envío bienes ni dinero ni armas, y no obstante, tampoco os saco del mundo; siempre tendréis que luchar contra el diablo y vuestra propia carne que os atormentan. ¿Cómo remediar todo esto? Mi respuesta es: Al sentirnos de tal manera acosados, recurrid a la oración."

El primer consuelo en las angustias que tengo que padecer es el mandato del Señor: "Pide, y recibiros". En segundo lugar se nos estimula a que oremos en el nombre de Jesús; en tercer lugar es preciso que haya un motivo real para que expresemos un ruego o un deseo; por lo tanto, y en cuarto lugar, la necesidad es el factor que quiere impulsarnos a hacer oraciones, así como el viento hace que los árboles y los cereales sean fecundados, y como el agua mueve la rueda del molino. Así, cuando Satanás nos angustia, aprendamos a orar. De lo contrario, si nadie nos apremia, nos olvidaremos de orar, y nos cansaremos de ello.

### Sólo la oración puede librarnos de las angustias

Pero cuando nos sobreviene una tribulación, no hay otro remedio ni otra ayuda sino que me ponga a orar. ¿Os acordáis de lo que nos sucedió el año pasado en Augsburgo? Nunca debemos olvidar este ejemplo de cómo Dios escucha nuestros ruegos. Todos querían quitarnos la vida; y nosotros no desenvainamos una espada ni tomamos otra medida alguna. Solamente oramos. Y ocurrió como dice en nuestro texto: hemos logrado la paz, aunque nuestros adversarios estaban completamente seguros de que sucumbiríamos. Así, el Señor guió las cosas de tal manera que nuestra oración resultó ser una fuerza a la que ellos no pueden oponer nada igual. Esto queda evidenciado también por el escrito con que intentaron hacernos frente. Quien lo lea, tendrá que reconocer que el Señor hizo un milagro a favor nuestro. Si yo hubiese compuesto una obra tal y la hubiese presentado ante el emperador, me daría vergüenza. Por eso creo que fue escrita sólo para que todos los señores de la corte tuvieran algo de que burlarse. Pero si los autores de la obra pretenden haberla compuesto en serio, demuestran con ello a las claras que tienen la vista ofuscada. Ya veis: con todo su alardear y porfiar, el Señor los puso en ridículo. Y si así lo quiere Dios, la oración de los piadosos seguirá siendo una muralla que impedirá que venga sobre nosotros derramamiento de sangre y guerra.

Esto es lo que quiero decir respecto del punto cuarto. En verdad, la tribulación abunda por doquier. Si no te das cuenta de ello, no tienes más que mirar al espejo para ver si eres hombre de carne y hueso; entonces tendrás motivos más que suficientes para orar. Mas si eres un cristiano de verdad, Satanás, el mundo y toda suerte de males se lanzarán en persecución tuya. Además tenemos que cargar con nuestra parte de la angustia general que pesa sobre el mundo entero y que por ende nos afecta también a nosotros. Así, pues, tenemos motivo constante para orar contra Satanás, los turcos, el papa y la carestía. Si los piadosos no se dirigen a Dios en oración — el papa no apartaría estos males.

### V. El que ora, debe confiar firmemente en que Dios le escuchará.

La quinta parte de la oración es el "Amén", que expresa la fe del que ora, es decir, con que expreso que confío de todo corazón, o comienzo a confiar, en esta promesa de Dios. Ésta es la lucha de que hablé al comienzo: lo importante es que realmente creamos la promesa. Y esta fe es capaz de dar a la promesa una dimensión tal que el que ora no abrigará la menor duda al abrir la boca y pedir: "Oh Señor, quita de nosotros la carestía etc." — la fe, digo, es capaz de dar a la promesa una dimensión tal que la muerte y el hambre no tendrían en comparación con ella más peso que una pluma. Quien fuera capaz de esto, tendría un poder que dejaría muy atrás al de los turcos y del papa. ¿Qué son, en efecto, todos los poderíos contra aquella palabra "Amén"? La oración es una gran potencia, una fuerza divina cual no la poseen ni el papa ni Satanás ni los turcos. Más aún: el mundo entero es ante la palabra de Dios "como menudo polvo en las balanzas", al decir de Isaías, cap. 40 (v. 15). Tan deleznable cosa es el mundo y su tan mentada fortaleza. Por consiguiente, di: "Yo confío en la promesa de Dios." ¿Cómo reza esta promesa? "Pedid, y recibiréis." Sobre esta palabra me fundo, porque esta palabra es llamada "poder de Dios" (Romanos 1:16) y es más fuerte y segura que todo cuanto hay en el mundo, y obtendrá la victoria sobre todos los turcos, papas y emperadores, aunque éstos caigan del cielo como la nieve y la lluvia. Todos ellos con la suma de su poder son como menudo polvo, y por eso podemos pedir sin temor alguno y con la plena certeza de que Dios hará lo que le pedimos. ¿Qué

hizo Elíseo al verse rodeado de enemigos? Su criado le dice: "¡Estamos irremisiblemente perdidos!", porque repara no en la promesa, sino en los cascos de hierro. Pero el profeta tuvo una visión distinta: no contó el número de los soldados sirios, sino que puso sus miradas en la palabra de Dios y rogó que a su criado le fueran abiertos los ojos. Entonces éste vio "que el monte estaba lleno de gente de a caballo y de carros de fuego alrededor de Elíseo".

El año pasado, Dios nos dejó también a nosotros en un serio apuro. La promesa parecía una burbuja de aire en el agua, y muchos creían que se nos aplastaría como a una mosca. Pero no nuestra causa cobró vigor aún mayor cuando vimos que Dios nos había escuchado. Si sólo nos aferramos a la promesa, podemos decir: "Ni el emperador ni los turcos nos vencerán; antes bien, la promesa tendrá para mí más fuerza que todos ellos."

### Conclusión

Ahí tenemos, pues, las características que debe poseer una oración para que sea genuina y bien fundada, y para que sea oída en el cielo. No es cuestión de usar vanas repeticiones (Mateo 6:7), ni tampoco depende la eficacia de la oración de los gestos exteriores o de determinados lugares de adoración (Juan 4:21), sino que la oración debe ser un anhelo profundo del alma dirigido al Padre por medio de Cristo. Debes tener la confianza de decirle: "Yo sé que no me mentirás; y aunque me parezca que todo está perdido, tu palabra no será palabra engañosa, porque es tan grande que el cielo y la tierra no bastan para contenerla. Por poderosos que sean el mundo, el pecado y el diablo, esta palabra es aún más poderosa. Por medio de ella espero conseguirlo todo, sea por conducto de hombres o de ángeles o de algún otro modo." El orar de esta manera es la obra más importante que los cristianos pueden y deben hacer, y también la más difícil, que Satanás trata de impedir donde puede; pues conoce muy bien este pasaje de la Escritura con su promesa. Conscientes, pues, de que esta obra no tiene igual, y de lo mucho que podemos lograr por medio de ella, tenemos también la obligación de orar diligentemente y de hacernos voceros tanto de las necesidades de los demás como de las nuestras propias. Y ante todo pidamos que Dios nos libere de los que se jactan de iluminaciones propias al margen de la palabra divina.